



O espello na man
Crónicas americanas

Flores ante la tumba de Castelao.

Victoria Armesto

Publicado en *La Voz de Galicia* el 23 de noviembre de 1971

Se leía en el programa de las Xornadas Patrióticas: "Sábado, 24 de Julio, 10 horas. Misa cantada en gallego en el Panteón Social de La Chacarita, oficiada por el Rev. P. Luis Villamarín Saavedra. Oración de homenaje a cargo de Victoria Armesto".

¡Pobre Victoria Armesto! Cómo le temblaban ese día las manos, cómo le temblaban las piernas. ¿Y su corazón? Su corazón era un "paxariño tolo". Es cierto que habla escrito su "Oración" la noche antes, pero... ¿podría recitarla?

Entretanto el automóvil corría por una calle Interminable, kilométrica, entre panteones y tumbas y tumbas y panteones. Estábamos en la gran ciudad de los muertos bonaerenses, en La Chacarita. Cuando al fin el coche se detuvo delante de nuestro Panteón, grité acongojada:

-¡Ai! Esquecime das frores no hotel...

En el lavabo, metido en agua, había quedado el bonito ramo del lazo azul. Sentí rabia por mi descuido, por mi mala cabeza. Siempre me tenía que estar olvidando de cuanto se me encomendaba... El presidente del Centro Gallego me tranquilizó y, en voz baja comisionó a una persona, que partió para comprar un nuevo ramo.

Mirando hacia el Panteón Social recordé su historia. Hacia el año 1925, cuando era presidente Interino del Centro Gallego don Ramón Cabezas, comenzó a hablarse de la posibilidad de adquirir un solar para la futura necrópolis gallega en el cementerio de La Chacarita.

Se habló también entonces de que, aunque nuestros muertos serían enterrados lejos de su Patria, querrían al menos tener el postrer consuelo de reposar sobre tierra gallega. Había que traerla. El señor Cabezas, comerciante adinerado y hombre patriótico, abrió con mil pesos una suscripción para su transporte.

El día 25 de julio de 1929 se colocó la primera piedra del Panteón Social (1). Un obispo muy aficionado a las cosas de Galicia -el de Temnos- lo bendijo, así como las cuatro urnas que contenían tierra gallega.

Dicha tierra había venido a la Argentina en unos cofres, donados por el Banco Pastor. Era tierra recogida en la huerta de Rosalía Castro, en Padrón, al pie de las murallas de Lugo, en Celanova, villa natal de Curros Enríquez y en Ponte Sampayo. Los cofres iban provistos de los correspondientes certificados extendidos por Jueces y notarios de los diferentes distritos porque nuestros emigrantes en Buenos Aires temían -y no sin razón- que si las legalísticas personalidades no lo vigilan, y no lo vigilan también don Eladio Rodríguez



González y don Ricardo Pastor, los de La Couña encargados de recoger la tierra eran bien capaces de simplificar la operación, relleno los cofres con arena de Riazor y diciendo: "Bah, tanto dará unha terra coma outra".

Contemplé los claustros del Panteón Social, que son una reproducción de la Colegiata del Sar, miré a las columnas, semejantes a las del Pórtico de la Gloria, miré al cruceiro del remate y me acordé de una frase de Castelao:

"Na concencia do noso pobo... perduran as creencias ancestraes que o cristianismo foi demudando e conservando moi a paso. A morte sigue sendo a dona dos camiños aldeáns e as cruces de pedra -todas elas cos brazos abertos- son imploracións que lle fazemos ao deus invencibel que nos vai levando".

Entramos en la Iglesia donde, cara al Cristo de Asorey, el Padre Villamarín ofició la misa y luego predicó en gallego. La Iglesia se llenó de gente, algunas personas indicaban por su atuendo y por su melancólica disposición un luto reciente. Al iniciarse la ceremonia religiosa aparecieron los de la Televisión con sus cámaras, pero no molestaron mucho, hicieron su trabajo y se fueron.

Penetrada de un intenso sentimiento religioso nuevamente me acordé de unas palabras de Castelao:

"Porque nos, os celtas, amamos de tal maneira o espritoal que se non eisistiese a ialma, seríamos capaces de creala a forza de ancelos, e se non eisistiese o Ceo, seríamos capaces de inventalo pra os nosos mortos".

Acaba ya la misa, y teniendo apretado en mis manos el ramo de flores, bajamos por las escaleras del panteón y, andando por unos subterráneos cuyas paredes estaban cubiertas de nichos y urnas, pasábamos delante de unas losas en donde estaban labrados los apellidos característicos de nuestra región, al fin nos detuvimos delante de aquel que ostenta simplemente el nombre carismático:

«Castelao».

Permanecemos al pie de tu tumba durante un largo momento, en silencio.

Yo me acordaba del verso de Avelino Díaz (2):

¡Ouh mestre ben amado,
ti non te fuche, non estás ausente,
que por nós ben lembrado,
decote estás presente,
no noso corazón l-a nosa mente!

Pensé también -¿cómo no iba a pensarlo?- en el futuro traslado de aquellos restos venerados, en cuándo llegue el día que definió poéticamente Valentín Paz Andrade:

Na matricial Galiza, sempre tua,
que dend-a Torre d'Hércules ao Miño
un facho ascenderá por cada Illa,
cando ti volvas pol-o mare... (3).

"Cando ti volvas pol-o mare". No querría yo morir sin verlo...

Sánchez Millares me hizo una seña a fin de que me adelantase y, mientras prendía las flores en la anilla del nicho, me acordé de una carta anónima recibida antes de salir de Madrid, carta que solo contenía un ruego: "Cando



chegue a Buenos Aires poña un ramo de frores brancas e azues na tumba do noso Castelao".

Desde su tumba pasamos a la de Ramón Suárez Picallo, que está casi enfrente, en donde nos recogimos nuevamente en silenciosa oración.

A la salida, ya en el Pórtico creado a imagen y semejanza de la Colegiata del Sar, vi que allí habían colocado una especie de atril al que me subí con sentimientos difíciles de explicar.

La gente hizo un coro a mi alrededor y luego apareció el Padre Villamarín que es un hombre todavía joven, moreno, de rostro grave.

Pienso ahora que mi aspecto debía ser un poco raro. Habla dudado en si vestirme de negro, pero luego pensé que La Chacarita era fúnebre de más sin necesidad de enlutarme así que, como la mañana estaba nublada, me planté una gabardina de tipo militar. Debajo de un sombrero negro de alas anchas, de esos que se estilaban en Londres hace un par de temporadas, mi rostro sin afeites estaba lívido.

Desechando el texto que llevaba escrito, dije entonces mi oración a nuestros muertos.

Mi primer pensamiento fue dirigido a Castelao, lo cual era lógico y cualquier gallego puesto en mi lugar hubiera hecho lo mismo, pero también era natural acordarse de Ramón Suárez Picallo, diputado por mi ciudad, símbolo del emigrante que conoció, en igual medida el éxito y la desgracia. Quizá ya no era tan lógico acordarse, como hice yo, de Manuel Cordero, pues quien se acuerda hoy de él como no sea para referirse a aquello de los "enchufes"?

Mi recuerdo tiene una explicación. Antes de realizar el viaje a la Argentina y mientras estudiaba los libros preparatorios, conocí su vida y su pureza moral unida a tanta desgracia me impresionó. Entonces, todavía en Madrid, prometí dedicarle un recuerdo que sirviera a modo de desagravio póstumo.

En estos tres gallegos, muertos lejos de su tierra, yo quería simbolizar, por un lado, el dolor de la diáspora y, por el otro, el peso de una tragedia histórica que todavía gravita sobre todos nosotros. Pero al mismo tiempo yo me acordaba también de la muchedumbre de los gallegos pobres, desconocidos, humildes, aquellos que salían de Galicia en las sucesivas oleadas migratorias, aquellos que se embarcaban en los barcos negreros, aquellos a quienes metían en el siniestro "Hotel de Emigrantes", aquellos que recorrían Buenos Aires con un baúl o un saco al hombro, sirviendo a modo de "coolis" europeos; yo me acordaba de los cargadores, de los marineros, de los mineros, de los trabajadores del campo, de los sirvientes, de los barrenderos... Me acordaba de aquellos que no tuvieron suerte, de aquellos que enfermaron y escupían sangre, me acordaba de los muertos sin nombre y, tan unida a ellos me sentía, que tenía ganas de gritarles: "Vos sodes nos e nos somos vos".

Nunca he sentido tan claramente como aquel 24 de julio de 1971, en el Panteón Social del Centro Gallego, que los muertos y los vivos somos una misma cosa.

(1) Las gestiones formales con el municipio bonaerense se iniciaron en tiempos del activo presidente Francisco García Olano (1923-26). Un concejal, J. M.



Roberto Lavín, facilitó la concesión por lo que, en la asamblea plenaria de 1926, el Centro Gallego le nombró socio honorario. El Panteón Social se hizo por concurso y, entre los 16 proyectos presentados, resulto elegido el del Ingeniero civil Alejandro V. Verangot, representativo de la clásica arquitectura gallega románica con elementos compostelanos y un deje mudejar en los claustros. Su capacidad inicial era de 1.826 nichos y 300 urnas. Costó tres millones quinientos mil pesos. Rogelio Díaz, op. cit. página 94.

(2) Avellino Diaz nació en Meira, Lugo, en 1897. A los trece años emigró a la Argentina donde vivió algún tiempo hasta que, abrumado por la saudade tornó a Galicia, Nuevamente emigra y recorre varios países ejerciendo diversos oficios. Cuba, Panamá, Venezuela, Perú, Chile. Definitivamente establecido en Buenos Aires desplegó una gran actividad de tipo periodístico y cultural en el seno de la primitiva Federación y de la Irmandade Galega. Fue director de *Galicia* y de *Opinión Gallega*, órgano de los centros pontevedrés y orensano, colaborador de *Céltiga*. Su obra poética esta recogida en dos libros, *Debecos* y *Flor de Retama*. Fino Intelectual, hombre de mucha valía, Avelino Díaz se hacía querer de todos por su timidez y gentileza. Falleció en el sanatorio social del Centro Gallego el día 29 de marzo de 1971. Era académico correspondiente y, en la sesión de 8 de noviembre de 1971, en la Real Academia se dio cuenta oficial de su fallecimiento ocurrido casi al mismo tiempo que el de otro antiguo emigrante intelectual, Xullo Davila. *A Nosa Terra*, Buenos Aires, xunio de 1971.

(3) Castelao na voz dos poetas. La Coruña 1970.